

Una cita con la vida

Guardo en mi memoria como un recuerdo valioso, aquel Festival de Teatro de 1984 en La Habana. Se dieron cita en esta ciudad algunos de los teatristas más relevantes y activos del panorama escénico mundial. Junto a ellos, estudiantes, críticos y artistas del movimiento teatral cubano que sin distinción de género o filiación alguna, diseñaron uno de los encuentros más atractivos, audaces y hermosos de los que pueda ahora mismo evocar. Estoy segura que los que ahora rememoran con mis palabras aquel encuentro, podrán dar fe de lo intenso de la celebración que, por consenso, marcó los hitos de este importante enclave de las artes escénicas en Cuba.

Ha dejado de llover mucho desde entonces. Los paradigmas se han transformado y muchas referencias que creíamos intocables guardan silencio en la desmemoria. Vivimos un tiempo demasiado veloz, sin oportunidad de reparar en el otro; y la cultura hegemónica se empeña en estilizar ferozmente la forma en que debemos ser para ganar espacios de aceptación, para ganar poder sea cual sea nuestra historia, vengamos de donde vengamos o hayamos sufrido mal o bien la necesidad de estar vivos. Lo que se propone es una desertificación del espíritu a cambio del aplauso social. Y en este escenario, tan frágil y vulgar, hacemos vida. También en el teatro.

Hoy se abren las puertas a una nueva edición de este Festival Internacional de Teatro de La Habana. Se abren en condiciones difíciles. Quiere decir que es un gesto de afirmación en momentos donde lo que está en juego es la vida misma. No hay treguas seguras en el mundo de hoy, ahí está Gaza y el genocidio repetido para asegurarnos que esta escalada va en serio. ¿Cómo responder a tanta desecación? ¿Cómo entender las celebraciones y el compromiso con lo humano y lo divino cuando todo parece desfallecer? Si somos responsables, y de eso no puedo desprenderme, tenemos que sentir ese peso sobre nuestras espaldas. Nuestra condición de artistas reales nos obliga a mirar ese mundo nuestro y a poner esas dudas en nuestra obra. La indiferencia es un arma mortal de este tiempo. El teatro, nuestro oficio, es una marca incandescente para batallar contra la indiferencia y la hipocresía.

Entonces que esta celebración sea parte de ese mundo que definitivamente tiene que ser otro. Que en medio de este encuentro podamos develar las miserias con la

esperanza de que el hombre puede aspirar a la generosidad. Que el teatro sea resistencia y belleza, abrazo y ballesta, luz y ventana abierta. Que la celebración no sea una fiesta de disfraces sino el canto de las cavernas invocando la lluvia. Que no sea una venda en los ojos esperando el tiro de gracia sino la danza y el canto junto al fuego augurando un nuevo nacimiento.

Solo así podemos sentir que un encuentro tiene sentido. Si las injusticias nos estremecen y en nuestra voz se percibe el eco de las voces silenciadas, entonces el acto tiene sentido y podemos celebrar el alma empinada de los hombres que, agrupados y en éxtasis colectivo, cultivan y protegen su fe, perpetuando así lo mejor de la especie.

Bienvenidos a este enclave donde lo humano y lo divino se dan cita con la esperanza de que el teatro, como en los orígenes, sea un rito de celebración a la vida.

Roxana Pineda
Santa Clara, noviembre de 2025